

III

LA VOLUNTAD DEL HOMBRE

«Uno de los principales obstáculos que impiden á los alemanes en general, de hablar su lengua tan fácilmente y correctamente como en otras naciones, dice Zelter á Goethe, consiste en una sujeción de la lengua que proviene en gran parte de que consumen muchos vegetales y alimentos de grasa. Es verdad que en este país no tenemos otra cosa; pero la moderación y la prudencia pueden hacer y corregir muchas cosas.»

Con esta nota, Moleschott comienza su gran capítulo intitulado *La materia gobierna al hombre*, sin apercibirse que la segunda frase de este párrafo lleva en él la condenación del sistema que va á apuntar sobre las relaciones de la alimentación en el estado físico intelectual del hombre. Cuando el viejo compañero de Goethe observa que «la moderación y la prudencia pueden hacer y corregir muchas cosas», prueba en esto que á sus propios ojos el hombre no es solamente un compuesto de materia, sino también una fuerza mental capaz de sacar de sí resoluciones contrarias á las tendencias de la materia. Vamos á seguir en efecto, la argumentación de los materialistas, que lo mismo aquí como en todas partes peca por su

propia base, y que no se sostiene nada más que por una especie de equilibrio inestable, que un pirotazo de niño basta para derribarlo. El adversario de Liebig pretende demostrar que la materia gobierna al hombre, estableciendo que la alimentación obra en el organismo. Como objeto de fisiología estos hechos son interesantes é instructivos, y celebramos que la ocasión de resumirlos se presente aquí; pero como objeto de filosofía es lo más incompleto que hay en el mundo. Juzguémoslos antes.

El cuadro de ese capítulo ofrecerá por su propia naturaleza un doble aspecto. En el colón transversal diseñado por la fisiología contemporánea notamos la acción física de los argumentos en el organismo humano. En el recto, observamos que esta acción está lejos de constituir al hombre entero, y que el ser humano reside en un poder superior á las transformaciones de la bilis y del quilo, cuyo poder gobierna la materia lejos de ser su esclavo.

Invocan en primer lugar la diferencia de acción del régimen alimenticio, según sea vegetal ó animal. Las legumbres, las hortalizas encierran mucha agua, poca grasa y cuarenta veces menos albúmina que la carne. Analizando las sales que se encuentran en estas opuestas substancias, se ha deducido que el régimen de la carne hace predominar los fosfatos en la sangre, y que al contrario el régimen vegetal hace dominar los carbonatos. Además las substancias albuminóideas de las partes verdes de las plantas no son albúmina ni fibrina: es preciso, pues, que sufran esta primera transformación antes de formar parte de la sangre. Igualmente, las grasas vegetales no son verdaderas grasas, sino elementos que dan nacimiento á la grasa: del mismo modo debe sufrir una primera

transformación. Razón hay en decir que la diferencia de la acción de la carne principia á hacerse sentir, no por primera vez en la sangre del todo formada, sino en la sanguificación, en la digestión. Los alimentos se digieren tanto más fácilmente, cuanto más sus partes constitutivas se aproximen á las de la sangre. Resulta de esto que la carne conviene á la sanguificación más que el pan y sobre todo más que las legumbres. La longitud de los intestinos está en relación con este procedimiento de digestión según las substancias y presenta de esto una imagen. En los murciélagos, que se alimentan de sangre, la longitud del conducto intestinal es el triple de la del cuerpo. En el hombre, cuyo régimen es carnívoro y herbívoro á la vez (como se ve igualmente por su sistema dental compuesto de colmillos y de incisivos), la longitud del conducto intestinal es seis veces la altura del cuerpo. En el carnero, cuya alimentación es exclusivamente vegetal, el intestino es veinte veces más largo que su cuerpo. La misma diversidad correlativa se encuentra en la estructura del estómago. Los animales carniceros tienen un estómago muy pequeño. El del hombre tiene la forma de un receptáculo acostado de parte á parte en la cavidad abdominal, y provisto de un fondo más grande que en los precedentes. Los rumiantes que guardan provisiones de forrajes, tienen un estómago dividido en cuatro compartimientos. El hombre es de construcción omnívora. Para decirlo de paso, las prescripciones antiguas y pitagóricas y las modernas proposiciones de J. J. Rousseau en favor del régimen exclusivamente vegetal, y las de Helvétius en favor del régimen animal, deben ser desechadas como desacordes con la naturaleza.

Si las plantas son menos nutritivas que los animales, el pan ocupa una posición intermediaria.

En el glúten que lo compone se distinguen dos cuerpos albuminoides: el de la albúmina vegetal insoluble y el de la cola vegetal. Esas substancias se diferencian de la fibrina de la carne y deben, durante la digestión disolverse en los zumos. Hay menos grasa en el pan que en la carne, pero hay otras substancias adiposas, del almidón y del azúcar, que deben cambiarse en grasa después de haber perdido una parte de su oxígeno. De estas diversas comparaciones resulta que la sangre, y con ella los músculos, los nervios, la carne, todos los tejidos se renuevan más rápidamente con la carne que con el pan y las legumbres.

Se infiere, pues, que puesto que la sangre da nacimiento á los tejidos, á las secreciones y á las excreciones del cuerpo, y puesto que se modela según el alimento tomado por el hombre, la primera diferencia que se nota entre el régimen vegetal y el régimen animal, debe extender su influencia sobre todos los fenómenos de la vida.

Si nos fijamos en esta conclusión no hay nada que objetar. Decimos nosotros con nuestros antagonistas que el apetito de un hombre sano se apacigua comiendo carne, y nunca con hortalizas. Consentimos también en admitir que si las razas de los indios cazadores ofrecen una gran fuerza de músculos, mientras que los isleños del Océano Pacífico no tienen á su servicio más que músculos débiles, esto es (en parte) porque los primeros devoran mucha carne animal, mientras que los segundos no viven más que de hierbas y frutos. Concedemos igualmente que la flojedad y la falta de carácter de los indostanos proviene en parte del régimen de las hierbas de las cuales viven;— el filósofo se quejó de cierta inercia cuando se limitó durante algunos días al régimen vegetal;— por un efecto contrario, una división de la armada

á la cual pertenecía Villermé durante la guerra de España, fué presa de... diarrea (perdonad la frase, pero debo citarla), de enflaquecimiento, de debilidad, porque estuvo obligada, durante ocho días, á no vivir más que de carne. Concedemos también que los indios del Oregón durante una gran parte del año no comen más que raíces, de las cuales veinte especies de las más jabonosas son indígenas—lo que nos causa un sensible placer— y que los habitantes van de comarca en comarca ramoneando las dichas raíces, que se maduran sucesivamente. Creemos que la creencia de la metempsicosis existe aún en Malabar, que hay hospitales para las bestias y que en los templos alimentan ratones que está prohibido matarles. También que los irlandeses, los kamschatskales, los lapones, no pueden vivir más que de pescados durante una parte del año, mientras que los cazadores de las praderas de América no se alimentan más que de carne de bisonte. En fin, concedemos sin escrúpulo y sin pedir pruebas que basta que un hombre «coma mermelada de manzanas para volver alcalina su orina ácida», que los franceses evacúan menos urea que los alemanes en el término de un día, y que los ingleses dejan muy atrás á éstos—lo que prueba que se consume en Londres seis veces más carne que en París—y para acabar, no queremos ver ningún inconveniente en que las lindas paseadoras sientan más frecuentemente que los paseantes vulgares, la ventaja que habría en aumentar los pequeños monumentos de París ó cuando menos de adjuntar una variedad. Sí, señores, nosotros os damos, ó más bien os dejamos tomar á manos llenas todo cuanto queráis en fisiología. Pero en verdad, ¿qué es lo que todo esto prueba en la personalidad del alma humana? Francamente, ¿qué luz expanden

esas experiencias sobre ese asunto? ¿Qué relación guardan? ¿en qué veis vosotros que esta química demuestre la no existencia del alma? ¿Qué hacéis, pues, del método científico que recomienda no proceder más que por inducciones? ¿Cómo malcasáis así á la escolástica de nuestros antepasados? Ciertamente, no sabemos cual es lo más sorprendente, si la audacia ó el error de esos fisiologistas. Nos conducen de pronto á un abismo y nos dicen: ¡Saltad! ¿Se creen, pues, haber construído un puente con algunas telarañas? Verdaderamente, es preciso que consideren el espíritu como un ciego de nacimiento, para pretender endormecerlo por semejantes procedimientos. Y, en efecto, quién no se asombrará de saber que, como conclusión de los hechos poco más ó menos incompletos que preceden, se nos presenta pomposamente la declaración siguiente:

—Es cierto, como lo prueban las numerosas observaciones hechas en grande escala, que el hombre debe en parte la clase privilegiada que ocupa con relación á las bestias, á la facultad que tiene ya de alimentarse de vegetales, ya de carnes.

Y estas otras:—La materia es la base de toda fuerza espiritual, de toda grandeza humana y terrestre.

La palabra *alma* expresa, considerada anatómicamente, el conjunto de las funciones del cerebro y de la columna vertebral; y, considerada fisiológicamente, el conjunto de las funciones de la sensibilidad encefálica.

—El análisis no encuentra en la conciencia, en este augusto instinto y esta voz inmortal, más que un mecanismo muy simple que se desarma como un resorte.

Tales afirmaciones no son faltadas de atrevimiento. Pero después de todo, cuando se ha leído

en el capítulo precedente las declaraciones hechas con el fin de demostrar que no existimos, no hay que asombrarse de nada.

Si es verdad que las especias favorecen la digestión, dice Moleschott, si el pan de moyuelo, los frutos, y en particular algunos higos, tras de los cuales se bebe por la mañana en ayunas agua fría, aceleran las evacuaciones; si los nabos, los rábanos, los guisantes, la vainilla, excitan los más violentos apetitos sensuales; si el vino, el té y el café, ejercen su imperio en el estado del cerebro, es demostrado que la materia gobierna al hombre...

Nunca lo hemos dudado. ¿Sabéis lo que conviene hacer para adquirir elocuencia? No comer nueces ni almendras, y como que la voz y la palabra dependen de los movimientos de los músculos de la laringe, es conveniente preferir un régimen de alimentos de grasa, un régimen vegetal.

¿Queréis una prueba convincente de que el pensamiento y la materia son esencialmente correlativas? Mirad al fondo de vuestra taza de café. El café, como el buque de vapor y el telégrafo eléctrico, pone en circulación una serie de pensamientos, da nacimiento á una corriente de ideas, de fantasías, de empresas que nos lleva á todos con él. Está manifestado que la necesidad nacida de una afinidad eléctrica de la humanidad para el café y el té, se hace tanto más evidente y más general, como las exigencias intelectuales impuestas por la civilización son más acrecentadas.

He ahí aun otro hecho de una importancia capital. Los kamschatskales se embriagan con su aguardiente rojo, y parece que los criados que quieren sentir los mismos efectos no desdennan de beber la orina de sus amos.—Pues la materia gobierna al hombre, deduce espiritualmente M. Moleschott.

En un sistema tal, es natural, como lo hemos ya vislumbrado, que la libertad de la voluntad humana está completamente aniquilada. Moleschott lo declara. No solamente el aire que respiramos en todos los momentos de nuestra vida, modifica el aire en los pulmones, cambia la sangre venosa en sangre arterial, no solamente metamorfosea los músculos en creatina y en creatinina, el tejido del bazo en hipoxantina, el humor vítreo del ojo en urea; sino que transforma también en todos los momentos la composición del cerebro y de los nervios. El mismo aire que respiramos cambia todos los días, no es el mismo en los bosques que en las ciudades, sobre del agua como el de las montañas, en lo más alto de una torre, como el de la calle; alimento, nacimiento, educación, relaciones, todo en nuestro alrededor rueda en un movimiento que se comunica constantemente.

—Todas estas proposiciones son verdaderas. Prueban que el hombre vive en el seno de un mundo á la influencia del cual está sometido; prueba que el libre albedrío no es tan absoluto como ciertos psicólogos se han propasado á decir: pero no prueban que el ser humano no existe. Un buen músico nos encantará con un piano mediano; una nulidad en música no sacará nada del mejor instrumento.

Ninguno de los materialistas no extiende la excentricidad hasta afirmar que el hombre no tiene conciencia de su existencia ni aun tampoco la libertad de sus determinaciones y de sus actos. Büchner es el menos exagerado. Nosotros decimos con él que el hombre es la obra de la naturaleza, que su persona, sus acciones, su pensamiento y aun su voluntad están sometidos á las leyes que rigen el universo. Las acciones y la conducta de

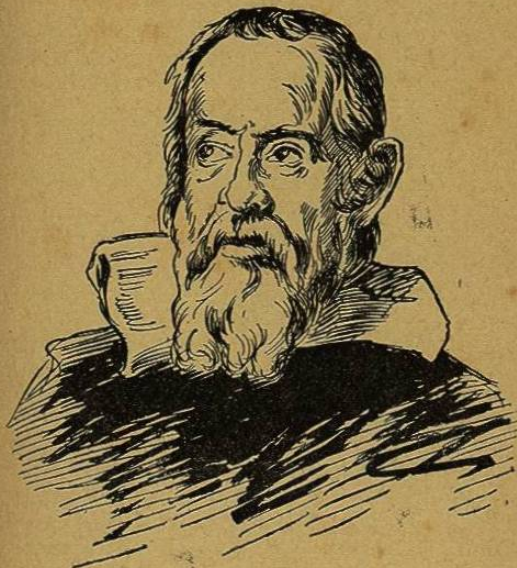
los individuos sin contradicción depende de su educación, del carácter, de las costumbres y del juicio del pueblo ó de la nación del cual él es miembro, y esta nación es en cierto grado el producto de las relaciones exteriores en las cuales ella vive, y en las cuales ella se ha desenvuelto.

Se puede, por ejemplo, notar con Desor, que el tipo americano se desarrolló desde los primeros ingleses, hace dos siglos y medio. Este resultado puede ser atribuído principalmente á la influencia del clima. El tipo americano se distingue por su poca gordura, por su cuello largo, por su temperamento activo y siempre febril. El poco desarrollo del sistema glandular que da á las mujeres americanas esta expresión tierna y etérea, el espesor, la largura y la sequedad de sus cabellos, pueden provenir de la sequedad del aire. Se cree haber notado que la agitación de los americanos aumenta mucho con el viento del noroeste. De estos hechos, resulta, que el desarrollo grandioso y rápido de la América será en parte el resultado de las condiciones físicas. Lo mismo que en América, los ingleses han producido un nuevo tipo en Australia. Los hombres son muy altos, flacos y musculosos, las mujeres de una belleza notable pero efímera. Los nuevos colonos se dan el apodo de Cornstalks (briznas de paja). El carácter inglés lleva la impresión del cielo oscuro y nebuloso, del aire pesado, de los estrechos límites de su país natal. El italiano, al contrario, nos recuerda en toda su individualidad el cielo eternamente hermoso y el ardiente sol de su clima. (Sin embargo, los romanos han cambiado desde hace dos mil años). Las ideas y los cuentos fantásticos de los orientales están en relación íntima con la lujuria de la vegetación que los rodea. La zona glacial no produce más que débiles arbustos, árboles desmedra-

dos y una raza de hombres pequeños, poco ó nada accesibles á la civilización. Los habitantes de la zona tórrida son igualmente impropios á una cultura superior. Tan sólo en los países en donde el clima, el suelo y las relaciones exteriores de la superficie terrestre ofrecen una cierta medida y un término determinado, el hombre puede adquirir el grado de cultura intelectual que le da una tan gran preponderancia sobre los seres que lo rodean.

Todas estas observaciones no prueban que la materia gobierne al hombre y que nuestra voluntad é individualidad no sea más que una ilusión. Debemos hacer notar al autor de *Fuerza y Materia*, que más pronto son los individuos los que hacen las naciones, que no las naciones las que crean á los individuos. Como lo escribe Stuart Mill, el mérito de un Estado se encuentra, á la larga, en el mérito de los individuos que lo componen: No son ni las instituciones, ni las leyes, ni los gobiernos que constituyen la grandeza de las naciones; sino el valor y la conducta de los ciudadanos. Así, pues, es de la individualidad de los hombres que dependen los progresos de los pueblos, y no de las condiciones generales de esos pueblos. En vano se dirá que esta individualidad no es nada más que el resultado necesario de las disposiciones corporales: la educación, la instrucción, el ejemplo, la posición, la fortuna, el sexo, la nacionalidad, el clima, el suelo, la época, etc., hay en el ser humano una fuerza muy superior á todas éstas que esos negadores no quieren ver, y procuran ocultarse entre la niebla de sus palabras. Lo mismo que la planta, dicen ellos, depende del suelo en el que ha tomado raíz, no solamente por relación á su existencia, sino aún por relación á su grandeza, su forma y su belleza; lo mismo que el animal es pequeño ó grande, manso ó salvaje, hermoso ó feo,

según sus relaciones exteriores, del mismo modo el hombre no es más que el producto de las mismas relaciones exteriores, de los mismos accidentes, de las mismas disposiciones, y no es por consiguien-



Galileo

te un ser espiritual independiente y libre, como los moralistas nos pintan... Esos señores se defienden extraordinariamente de seres *espirituales*, y verdaderamente nosotros somos demasiado amables en insistir. Pero, sin hacer una aplicación particular en favor de ellos, tenemos el derecho de soste-

ner la espiritualidad del hombre, y de eclipsar, por el ejemplo luminoso de las grandes voluntades, esta teoría crepuscular que hace de las resoluciones una función del barómetro.

Es preciso cerrar voluntariamente los ojos ante los más hermosos y los más respetables hechos de la historia humana, es preciso preferir tristes abstracciones á gloriosas verdades, es preciso sacrificar los más venerables monumentos del pensamiento humano á la quimera de una idea fija, para atreverse á negar el poder de la voluntad, el valor de su energía, la independencia de su resolución, los mismos milagros de su persistencia, y poner en su lugar una sombra vaga y difusa dependiente de la posición de un sol de teatro. Y en verdad, que no vemos la ventaja que se puede sacar de esta substitución. Tanto es esto desconocer la grandeza del hombre, como persistir en afirmar que no posee ninguna fuerza individual y que todas sus acciones no son sino el producto necesario y fatal de sus inclinaciones físicas, de sus tendencias orgánicas, de sus decadencias materiales. Esto es bajar su dignidad debajo del nivel de la inteligencia mediana, y esto es ponerse en contradicción con los más brillantes y admirables ejemplos, que forman una constelación sobre la frente de la humanidad y la coronan de una gloria imperecedera. Abramos á cada fase los anales del espíritu humano, consultemos principalmente las páginas de nuestro siglo, tan grande por las evoluciones fecundas y por los poderes que ha revelado, y quedaremos convencidos de que el genio no es un producto de las condiciones materiales, y sobre todo una enfermedad nerviosa; sino que se afirma al contrario, como una fuerza superior á esas condiciones, que muy á menudo las tiene dominadas, gobernadas ó vencidas. Lejos de consentir en

considerar al hombre como un ser inerte, cuyas obras no serían más que el efecto de un instinto, de las costumbres, de las necesidades, de los deseos, de las predisposiciones orgánicas, proclamemos con la autoridad del hecho, que *la inteligencia gobierna á la materia*, y que el valor del hombre consiste precisamente en esta elevación, en esta soberanía de la inteligencia.

Para ilustrar esta proposición, y para derribar por el mismo ejemplo la afirmación tristemente audaz de esos campeones de la materia, extendamos la mirada en el panorama de las inteligencias humanas, y presentemos al mismo tiempo esos ilustres recuerdos, á todos los que sienten latir su corazón por el patriotismo de la humanidad, á todos los que también, jóvenes é indecisos, penetrando en el camino de la vida, estarían tentados de escuchar las mentirosas palabras del materialismo y prepararían así la ruína inevitable de su dignidad, presentémosles el cuadro tan satisfactorio para nuestros sentimientos, tan útil para nuestra vista, tan imperioso para nuestros sentimientos, de los hombres enérgicos, que de las clases más ínfimas de la sociedad se han elevado por su propia fuerza á la conquista del mundo, al trono del pensamiento soberano.

En un hermoso libro, cuyo título exótico no es bastante claro ni es cautivador, pero que debería estar en las manos de toda la juventud francesa (*Self-Help, ó Carácter, conducta y perseverancia, ilustradas á la ayuda de las biografías*), un hombre de bien, Samuel Smiles, ha reunido los ejemplos de esos hombres de corazón valiente, que se convirtieron en maestros de todas las dificultades y que fueron una refutación viviente de esta singular teoría que tiende á rebajar al hombre en lugar de elevarlo. Por tales ejemplos demuestran al

alma la verdad de su ideal. Cumplimos un deber en saludar el panteón autobiográfico de esos hombres ejemplares, cuyo panegírico debería estar medido en el ala de los cuatro vientos del cielo.

Los hechos generales ó particulares que siguen y las consideraciones que ellos inspiran, son ofrecidos á los que declaran con M. Büchner, Moleschott y compañía, que el hombre sigue simplemente sus inclinaciones, y que el pensamiento no puede cambiar en nada las disposiciones naturales ó adquiridas.

Sabios, literatos, artistas, los que se sacrifican al apostolado de las más grandes verdades, y aquéllos cuya nobleza se guarda en la valentía de su corazón, nunca han pertenecido en propiedad, á ningún grado de jerarquía social. Han salido indiferentemente de todas las clases, de todas las posiciones, del taller y de la hacienda, de la choza y del castillo. Los más pobres han llegado algunas veces á los lugares más elevados, y no han habido dificultades, por muy invencibles que fuesen en apariencia que hayan podido barrear su camino. Esas mismas dificultades, en muchos casos, parecen haber sido sus mejores auxiliares, pues ellas les han obligado á demostrar de todo lo que eran capaces en hecho de trabajo y de conciencia, y han vivificado facultades que, sin esto, hubieran podido quedar para siempre entorpecidas.

Los ejemplos de obstáculos así superados y de triunfos así obtenidos, son tan numerosos, que poco ó mucho pueden justificar este proverbio: que *con buena voluntad se llega al fin de todo*.

Muchos de los que más se han distinguido en la ciencia han nacido de posiciones sociales de las que menos se esperaba encontrar una excelencia cualquiera, y menos aún una excelencia científica. En lugar de combinaciones químicas del fósforo y

del hidrógeno, en lugar de efectos de electricidad nerviosa, presentamos nosotros á la veneración de todos, los grandes caracteres que del fondo de las clases más oscuras se han elevado á la conquista de la ciencia: Copérnico, hijo de un panadero polaco; Galileo, perseguido para la verdad; Kepler, hijo de un tabernero alemán, y él mismo, mozo de taberna, inquieto toda su vida por desgracias de la fortuna; d'Alembert, niño hallado, recogido en una noche de invierno en la escalera de una iglesia y educado por la mujer de un vidriero; Newton y Laplace, hijos, el primero, de un pequeño propietario de Grautham, en Inglaterra, y el segundo de un pobre campesino de Beaumont en Auge, cerca de Houffleur; W. Herschel, organista de Halifax; Arago, que debió toda su gloria á la perseverancia estudiosa de su juventud; Ampère, trabajador solitario; Humphry Davy, criado de un farmacéutico; Faraday, obrero encuadernador; Franklin, aprendiz de impresor; Diderot, hijo de un cuchillero de Langres; Cuvier, Geoffroy, Saint Hilaire y cien otros; el físico de Hautefeuille, hijo de un panadero de Orleans; Gassendi, un pobre campesino de los Bajos Alpes; Haüy, el mineralogista, hijo de un tejedor; Buffon, que se hacía echar agua helada en el pecho para despertarse temprano y combatir su indolencia (su salud le sirvió de poco, aunque digan nuestros adversarios, y sus más grandes trabajos fueron acabados durante su larga y cruel enfermedad); el químico Vauquelin, aldeano de Saint-André; d'Hébertot (Calvados) que, después de haber servido como mozo de laboratorio en un boticario del campo, llegó á París, no teniendo más que su mochila sobre los hombros y un escudo en su bolsillo. ¿Qué tienen que ver el ázoe ó el fósforo en la secreción de la voluntad de estos sabios ilustres.

y de qué manera se les produjo el carbono para conducirles al hecho de la esfera intelectual? A pesar de las circunstancias desfavorables contra las cuales tuvieron que luchar desde sus primeros pasos en la vida, estos hombres eminentes se hicieron por el solo ejercicio de sus facultades una reputación tan durable como sólida y que todas las riquezas no hubieran podido pagar.

Citaremos entre tanto los cirujanos John Hunter, Ambroise Paré y Dupuytren, nacidos en tan humildes condiciones. Se cuenta de Dupuytren que á la época en la que estudiaba al colegio de la *Marche*, ocupaba con otro compañero de colegio una habitación cuyo mobiliario consistía en tres sillas, una mesa y una especie de cama en la cual, cada uno á su turno, los dos jóvenes reposaban. Sus recursos eran tan escasos que muy á menudo se vieron reducidos á tener que vivir de pan y agua: Y sin embargo es sabido que fué el mejor cirujano de su tiempo. Citemos aún á Joseph Fourier, hijo de un sastre de Auxerre; Conrad Gesner, el naturalista, hijo de un zurrador de Zurich. Citemos á Pierre Ramus, Shakespeare, Voltaire, Rousseau, Moliere, Beaumarchais, grandes obreros del pensamiento, que derribaron, por su sola fuerza mental, las barreras que las castas sociales habían extendido en el pueblo.

Nos sería muy fácil presentar un sin fin de ejemplos de este género. En todas las ramas de la actividad humana, ciencias, bellas artes, literatura, negocios, son realmente tan numerosos, que uno se encuentra en un verdadero embarazo de riquezas, y que es muy difícil hacer una elección entre ese tropel de hombres notables que han debido su éxito á su ardor al trabajo y á sus pacientes esfuerzos. Basta, por ejemplo, echar una mirada en el dominio de la geografía, para notar entre

los autores de los grandes descubrimientos á Cristóbal Colón, hijo de un cardador de lana de Génova; á Cook, que fué dependiente de una mercería de Yorkshire; y Livingstone, que fué obrero en una hilandería de algodón, cerca de Glasgow. Entre los papas, Gregorio VII tuvo por padre á un carpintero; Sixte-Quint, un pastor; Adrieu, era tan pobre que ni tan siquiera podía comprar una vela y habíase acostumbrado á preparar sus lecciones á la luz de los faroles. La influencia de la alimentación no se demuestra en nada en esas voluntades persistentes.

Tan sólo por el libre ejercicio de sus propias facultades, el hombre puede adquirir el saber y la experiencia cuya unión produce la sabiduría, y, como decía Franklin, es tan fútil esperar que sin trabajo y sin pena se llegue á la posesión de esos bienes, como contar con una mies en donde no se ha sembrado ninguna semilla. Por más que dos hermanos descendientes del mismo tronco, recibieran la misma educación, tuvieran la misma libertad de acción, vivieran juntos, se alimentasen del mismo aire y del mismo pan, de los mismos manjares, nada impediría que el uno se quedase en la obscuridad y el otro fuese ilustre. A cuántas familias se podrían aplicar estas palabras que el antiguo obispo de Lincoln dijo á su hermano, hombre indolente, que fué á rogarle que hiciese de él un gran hombre: «Yo puedo, si tu arado está roto, hacerlo componer, y si pierdes uno de tus bueyes, compartirte otro; pero no puedo hacer de ti un gran hombre: labrador pobre te encuentro, y pobre labrador estoy obligado á dejarte.»

La riqueza y el bienestar en nada son necesarios al desarrollo de las más altas facultades de la naturaleza humana.

La química de la nutrición no entra para nada en

esos productos intelectuales. La pobreza, lejos de ser un mal, si se la sabe suplir por la energía de la espontaneidad individual, puede convertirse en un gran bien: pues ella hace sentir al hombre la necesidad de esta lucha con el mundo, en la cual, á despecho de los que compran el bienestar al precio de la degradación, el justo y el valeroso encuentran fuerza, confianza y triunfo. La fortuna sirve á menudo muy mal á sus privilegiados. Pero en su mismo seno, se encuentran ejemplos en favor de nuestra tesis, en los que, inspirados por la fe y celosos para el bien de sus semejantes, han renunciado voluntariamente á los placeres, al poder y á los honores, y han descendido de su alta situación para mezclarse con el vulgo y extender la instrucción sobre todas las clases.

«El mundo pertenece á la energía, decía Alexis de Tocqueville, pues no hay ninguna época en la vida en que se pueda descansar; el esfuerzo fuera de sí, y aun más dentro de sí, es tan necesario y aun más necesario á medida que se envejece que en la juventud. Yo comparo al hombre en este mundo, á un viajero que marcha sin cesar hacia una región de más en más fría, y que á medida que va más lejos se ve obligado á mover más el paso. La gran enfermedad del alma es el frío. Y para combatir este formidable mal, es preciso, no solamente mantener por el trabajo el vivo movimiento de un espíritu, sino también por el contacto de sus semejantes y de los negocios de este mundo.»

El ejemplo personal del autor de estas palabras viene en su apoyo y lo confirma. En medio de sus grandes trabajos perdió la vista, luego la salud; pero nunca perdió el amor á la verdad. Cuando quedó reducido á un tal estado de debilidad que le fué preciso que lo llevaran en brazos de una á otra habitación, como un débil niño, su indomable

valor no le abandonó nunca; y ciego é impotente como estaba, no pudo menos de dar para conclusión á su carrera literaria, estas nobles palabras, muy dignas de ser opuestas á la hipótesis materialista:

«Si tal como yo me complazco en creer, el interés de la ciencia se cuenta en el número de los intereses nacionales, yo he dado á mi país lo que le da el soldado mutilado en el campo de batalla. Cualquiera que sea el destino de mis trabajos, este ejemplo, espero que no será perdido. Quisiera que sirviese para combatir la especie de debilidad moral que es la enfermedad de la nueva generación; que pueda guiar en el camino recto de la vida á alguna de esas almas enervadas, que se quejan de carecer de fe, que no saben á donde adquirirla y van buscando por todas partes, sin encontrar en ninguna un objeto de culto y de rendimiento. ¿Por qué decirse con tanta amargura que, en el mundo tal como está constituido, no hay aire para todos los pechos, ni empleo para todas las inteligencias? ¿No está en esto el estudio serio y sosegado? ¿Y no hay en él un refugio, una esperanza, una carrera al alcance de cada uno de nosotros? Con él, se pasan los días pesados sin sentir el peso; uno mismo se hace su destino y se emplea la vida noblemente. Esto es lo que yo he hecho y haría aún si tuviese que comenzar de nuevo mi camino; escogería el mismo que me ha conducido á donde estoy. Paciente y ciego, puedo dar este testimonio, que por mi parte no será suspecto: *hay en el mundo algo que vale más que los gozos materiales; más que la fortuna, más que la salud misma: es el sacrificio á la ciencia.* Nosotros preferimos tales sentimientos á la química de la inteligencia.»

Nos extendemos con confianza sobre estos ejemplos, porque son más firmes que ningún razo-

namiento del verdadero carácter del hombre superior y del absurdo de los materialistas que se atreven á reducir ese carácter á una simple disposición del cerebro. No queremos aún cerrar estas últimas protestas, sin hablar de Bernard Palissy, el hombre cuya vida protesta lo más firmemente contra la hipótesis de nuestros adversarios.

Recordemos ante todo que Bernard Palissy, nacido en el año 1510, era hijo de un pobre vidriero de Chappelle-Biron, que no recibió la menor educación, y que nunca tuvo, como dice él mismo, «otro libro más que el cielo y la tierra, que á todos nos es dado conocer y leer.» A la edad de veintiocho años, muy pobre, establecido en una miserable choza en Saintes, como pintor sobre cristal y agrimensor, casado y padre de varios hijos, á la subsistencia de los cuales no podía subvenir, le vino la idea fija de fabricar loza y de imitar á Luca della Robia. En la imposibilidad de hacer el viaje á Italia para aprender el procedimiento, tuvo que resignarse á buscarlo haciendo pruebas en las tristes circunstancias en que se hallaba.

De momento, tan sólo pudo entrar en conjeturas acerca de las materias que entraban en el esmalte; hizo largas experiencias para asegurarse de lo que ellas eran realmente, reunió las sustancias que juzgaba que podían entrar en esta composición, compró tiestos de tierra común, los hizo pedazos, bañó los fragmentos con los diversos líquidos que tenía preparados, y los sometió al calor de un horno que había construído. Nada consiguió con sus tentativas, y el primer resultado que obtuvo, fué una gran cantidad de tiestos rotos y una pérdida considerable de leña, de sustancias químicas, de tiempo y de trabajo.

En medio de las quejas de su esposa, de los gritos de sus hijos y de la ironía de sus vecinos, con-

tinuó sus tentativas. Su compañera no veía ciertamente con gusto disiparse en humo los ahorros ya medianos de la pobre casa. Pero sin embargo, tuvo que someterse, pues Palissy estaba bajo el imperio de una resolución que por nada del mundo la hubiera abandonado. Durante meses y años continuó estos experimentos. Descontento del primer horno, construyó otro fuera de la casa. Allí, quemó otra clase de madera, gastó otras drogas y otros tiestos, y perdió tanto tiempo y dinero, que acabó por encontrarse él y su familia, presa de miseria. Sin embargo persistió con una obstinación cruel.

No pudiendo ya cocer en su casa, tuvo que llevar los tiestos á una fábrica que se hallaba á una legua y media de Saintes, pero tampoco tuvo éxito. Contrariado, pero invencible, decidió construir él mismo cerca de su casa un nuevo horno, y al instante se puso al trabajo. Al cabo de un año tuvo su horno y sus tarros preparados para un nuevo experimento. A pesar del agotamiento casi completo de sus recursos, había acumulado una provisión de leña considerable. Ardió pues el fuego y comenzó de nuevo la operación. Palissy no perdió su horno de vista ni un instante. Todo el día se lo pasó así, luego la noche; Palissy velaba siempre, y siempre alimentaba el fuego. Sin embargo, el esmalte no se fundía. El sol vino una segunda vez á alumbrar sus trabajos; su esposa le trajo su parte del escaso almuerzo de la familia. Pero por nada del mundo hubiera dejado el horno en el cual echaba desesperadamente su provisión de madera. El segundo día se pasó sin que el esmalte se fundiese. Se ocultó el sol y Palissy impertérrito. Pálido, huraño, desesperado, pero sin rendirse, permaneció cerca de su horno, mirando frenéticamente si por fin el esmalte se fundía.

El tercer día y la tercera noche se pasaron; el cuarto, el quinto, el sexto, por último... Durante seis días largos y seis largas noches, el invencible Palissy, á pesar de la ruina de todas sus esperanzas, veló y trabajó... Pero no se fundió el esmalte.

Entonces se empeñó, compró otros tiestos y otra madera, y preparó una nueva tentativa... Los tiestos, debidamente barnizados y cuidadosamente colocados en el horno, encendió el fuego una vez más. Esta tentativa era bien la última: era la tentativa de la desesperación. Palissy hizo, pues, un fuego flamígero; pero, á despecho de un calor intenso, el esmalte no se fundía. Comenzaba ya á faltar madera. ¿Cómo mantener hasta al fin aquel fuego infernal? Palissy miró á su alrededor y su mirada se fijó en las empalizadas del jardín, madera seca que ardería admirablemente. ¡Qué era semejante sacrificio al precio del gran experimento cuyo éxito tal vez no dependía más que de algunos pedazos de madera! Las empalizadas fueron arrancadas y echadas al horno. ¡Vano sacrificio! El esmalte no se fundió. ¡Diez minutos más de calor, eran tal vez los que faltaban! ¡Pero faltaba madera, madera aun, madera á cualquier precio! ¡Antes quemar los muebles que dejar de hacer ese último experimento! Un terrible ruido se oyó en toda la casa, y en medio de los gritos de su esposa y de sus hijos, que, temía seriamente que Palissy estuviese verdaderamente loco, llega éste cargado de tablas y de sillas rotas que las echa en el horno. ¡Sin embargo el esmalte no se fundía aún! ¡No quedaba más que el entarimado del suelo!... Un ruido de martillazos y de tablas rotas se oye por segunda vez en la casa, y al instante las tablas arrancadas siguieron en el fuego el mismo camino que tomó el mobiliario. Esta vez, esposa é

hijos se precipitan fuera de la casa, y, desesperados, iban por la ciudad gritando que el pobre Palissy se había vuelto loco, y que quemaba su casa para hacer cocer sus tiestos.

En aquel momento el inventor estaba absolutamente extenuado, rendido de fatiga, de ansiedad, de ayunos y de vigiliás. Endeudado y puesto en ridículo, parecía caído en el último escalón de la ruina. Pero acababa de encontrar el secreto; la última bocanada de calor había fundido el esmalte. Sus groseros tiestos de barro se transformaron en hermosa loza blanca, pues, en efecto, el trabajador la debió encontrar singularmente hermosa. Desde entonces Palissy ya podía sufrir pacientemente los reproches, los ultrajes y los desprecios. El hombre de genio, gracias á la tenacidad de su inspiración, había obtenido la victoria; había arrancado de la naturaleza uno de sus secretos, y podía sosegadamente esperar que mejores tiempos le ofreciesen la ocasión de poner en práctica su descubrimiento.

Fué al cabo de diez y seis años de un asiduo trabajo y aprendizaje, diez y seis años durante los cuales tuvo que aprenderlo todo por sí solo, cuando pudo recoger el fruto de sus esfuerzos. Pero luego, como que profesaba en materia de religión, opiniones muy independientes, fué denunciado, y los emisarios de la justicia dejaron su taller á una multitud ignorante y fanática, que rompió y robó sus preciosos vidriados, mientras que Palissy fué conducido á Burdeos, en donde fué puesto en prisión, en espera de la hoguera ó del cádalso. Debíó su vida al condestable de Montmorency, que se interpuso, no por atención á sus opiniones, sino más pronto por sus vidriados.

Volvió á París, en donde lo llamaban los trabajos que le habían sido encomendados por el con-

destable y la reina madre, y, durante la duración de esos trabajos tuvo una habitación en las Tullerías. Pero la guerra incesante que hacía á los adeptos de la astrología, de la alquimia, de la hechicería, le hizo de nuevo denunciar como herético. Fué detenido otra vez, permaneció cinco años encerrado en la Bastilla, y allí murió en el año 1589, á la edad de ochenta años. De este modo acabó y fué recompensado el pobre «obrero de tierra, inventor de la loza esmaltada y de las rústicas figurinas.»

Ante este elocuente ejemplo del valor y de la perseverancia,—no del valor excitado por una animación del sistema nervioso, por la cólera ó por la aprensión del peligro, por el olor de la pólvora ó por la música militar, pues en esos casos nuestros adversarios podrían invocar la sensación,—sino de una energía que se sostiene durante diez y seis años sin que los reveses de fortuna la debiliten, de una voluntad que vence todos los obstáculos, y domina la materia, tal como había dominado el cuerpo de Palissy y todas las afecciones de la sangre; ante estos ejemplos, decimos nosotros: ante todas las glorias de nuestra familia pensante, ante los héroes del pensamiento, ante todas esas antorchas que se consumieron brillando sobre la cabeza de las generaciones, ante las palpitaciones del corazón de la humanidad y ante los altos testimonios de su conciencia, ¿de qué frente viene acusar á la voluntad de ser una ilusión, y á la fuerza moral una esclava? ¿Con qué derecho se atreve á negar la energía independiente y el carácter dominador de esas almas de tan buen temple? ¿Bajo qué pretexto se reduce el poder de esos grandes corazones á las condiciones fisiológicas del ser corporal ó al impulso de las circunstancias? ¿Y cómo se lleva la fantasía hasta el extremo de po-

ner en principio «que nuestras resoluciones varían con el barómetro?»

Se objetará que el ilustre alfarero de vidriados que acabamos de nombrar, era un loco y una excepción de la historia de la humanidad? Pero una excusa tal, no puede proceder más que de la ignorancia absoluta y de la falta de toda clase de observación. En nombres más ilustres, esto es, de otros títulos que los de Palissy es en los que nosotros admiramos la misma perseverancia, la misma obstinación. Buffon ha escrito que el genio es la paciencia. ¿Hablabamos de Kepler, buscando durante diez y siete años las tres leyes inmortales que llevaron su nombre á la posteridad, y que rigen el sistema del mundo lo mismo en las profundidades lejanas de los cielos como en el movimiento de la Luna alrededor de la Tierra? ¿Hablabamos de Newton, contestando modestamente al que le preguntaba cómo había hallado la atracción: «Ha sido siempre pensando en ello?» ¿Presentaremos á todos esos sabios ilustres que sólo el espíritu sostiene en los combates de la materia? ¿Recordaremos los solitarios trabajos de Harvey, Charles Bonnet, de Jenner? ¿Referiremos las invencibles dificultades que por lo tanto tuvieron que vencer los animados inventores del fuego sagrado que se llamaban James Watt, Jacquard, Girard, Fulton, Stephenson? ¿Mentaremos á qué trabajos intelectuales debemos nuestros ferrocarriles, nuestros buques de vapor, y nuestros telégrafos, magníficas invenciones, en las cuales no aclamamos á la materia sino al espíritu? ¿Recordaremos el anhelo de los artistas, como Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Tiziano, Claudio Lorrain, Jacques Callot, Benvenuto Cellini, Nicolás Poussin? Citaremos estas palabras de Beyle, escritas en Milán, en el año 1820, con motivo de un trabajador